
MONTAÑAS PERSONALES

JOSÉ A. PASTOR GONZÁLEZ

Bullas
Junio de 2002

*Soñar entre las rocas por colinas y ríos;
adentrarse en silencio por regiones boscosas,
donde está cuanto escapa al dominio del hombre,
¡donde huellas mortales tal vez nunca han llegado!
Escarlar por montañas invisibles sin rastro,
como animal salvaje y, a solas, embebido,
contemplar las cascadas, los barrancos más altos;
eso no es soledad, es más bien comulgar,
sumergirse en la magia de la Naturaleza.*

Lord Byron.

Montañas personales es un pequeño relato autobiográfico sobre mis primeras vivencias en la montaña. Se trata ante todo de experiencias vividas en primera persona y, posiblemente, distorsionadas - e incluso *mitificadas* - al estar siendo contempladas desde el recuerdo.

Debo ser sincero y confesar que me ha resultado difícil escoger mis *montañas personales* en el sentido de que sí son todas las que están pero no están todas las que son; así, podrían estar incluidas perfectamente en esta relación tanto la Sierra del Oro como Sierra Espuña. No obstante, creo que esta selección es representativa y refleja sobradamente la especial debilidad que siento por ellas.

No sólo se han quedado montañas fuera, sino que también muchos recuerdos, ascensiones, personas y vivencias no aparecen en estas páginas. De nuevo, incido en la misma cuestión: no he tratado de ser exhaustivo y sólo busco en estas páginas proporcionar un botón de muestra de lo que supone para mí una pasión extensa e intensa. Espero haber acertado en la justa medida.

Un último comentario: con el paso de los años he ido conociendo otras montañas mucho más grandes e importantes en escala. A la luz de este aprendizaje, lo que antes parecía un laberinto ahora es una senda amplia y marcada; lo que podía suponer sudores e incertidumbre se ha tornado en confianza y resolución; aquello que parecía inalcanzable acaba finalmente por

vislumbrarse bajo los pies. Aún así, siempre guardaré el recuerdo imborrable de mis montañas primeras: en sus pendientes, roquedos y cuevas se ha forjado una parte esencial de lo que ahora soy.

1 La Atalaya.

Más que una montaña, para alguien que ha crecido a su sombra, la Atalaya es una silueta, una imagen de fondo presente en gran parte de los recuerdos y los sueños de un niño. Se yergue majestuosamente sobre la vega del Segura levantándose casi medio kilómetro desde el mismísimo río y enseña con fiereza unos colmillos anaranjados que se descuelgan del frontón de la umbría.

Mis primeras andanzas en un monte tuvieron lugar, naturalmente, en las faldas de la Atalaya. Recuerdo vagamente dos anécdotas: un día de romería¹ me despertaron mis hermanos para subir muy temprano. No olvidaré nunca las horas oscuras e inciertas de la mañana, así como una subida al collado que a mis cortos años me pareció una odisea. El segundo recuerdo que me acompaña desde hace ya muchos años es el de mi primera ascensión a la cumbre. Fue mi propio padre el que nos animó a todos los hermanos a emprender la subida. Nos levantamos temprano con el amanecer y acometimos el esfuerzo desde el santuario, donde ya llegaba una carretera por aquel entonces. Subimos primero por una senda estrecha, empinada y muy marcada, por entre los farallones de la fachada norte y el hombro Sur de la montaña. Yo iba alucinando: allá abajo distinguía el río serpenteando y rodeando el pueblo, el santuario que iba empequeñeciéndose conforme ascendíamos, los tejados rojos de las casas, el campo de fútbol de la Era, las carreteras y caminos... Al llegar a la cumbre almorzamos sentados en la roca, disfrutando de una leve brisa mientras la luz oblicua de la mañana reforzaba el aspecto intrincado y laberíntico del casco antiguo de Cieza.

El descenso, no recuerdo exactamente el motivo, lo hicimos por otro sitio con más inclinación y árboles. Exactamente, hacia el Oeste de la cumbre. En un lugar concreto, mis hermanos - o quizás fue mi padre - se empeñaron en utilizar una cuerda de cáñamo que llevábamos para la ocasión. No era necesario pero quizás, el hecho de haberla porteado durante toda la mañana justificaba, al menos, un uso. Y así, aunque era más sencillo descender con ayuda de manos y pies, uno de mis hermanos aseguró un extremo en un pino grueso y lanzó el resto de la cuerda ladera abajo, por una pequeña canal con piedras y raíces. Mi padre fue el primero y de espaldas a la pendiente

¹Es el día en el que Cieza acompaña a su Virgen al collado.

se sujetó a la cuerda. No llevaba ni dos metros cuando la cuerda se escurrió del tronco y mi padre cayó ladera abajo. Nos quedamos todos blancos, mientras ocho o nueve metros más abajo, mi padre se quejaba echándose las manos a la pierna. Como no podía caminar, uno de nosotros - creo que fue mi primo - continuó el descenso hasta la carretera y avisó para que nos recogieran. No sé cómo pero por allí apareció la policía municipal, los efectivos de la ambulancia, etc... Y recuerdo que se las vieron y desearon para bajar a mi padre desde allí arriba. La camilla no era funcional en esas pendientes tan pronunciadas y echaron mano de una gruesa sábana para transportar al herido. En fin, toda una aventurilla vivida a muy corta edad y en un escenario casi doméstico y de la que, por fortuna, guardamos un buen recuerdo.

Con el paso de los años, la Atalaya ha continuado siendo para mí un fértil campo de juegos para pasear, hacer bicicleta de montaña, subir monte por cualquier sitio y practicar la escalada deportiva. Conozco incluso amigos que la utilizan para entrenarse en fondo y hacen carreras cronometradas hasta la cumbre. Entre mis preferencias, podría apuntar la *pequeña travesía* E-W de la montaña, haciendo toda la cresta somital y descubriendo de esta forma perspectivas insólitas de Cieza y la comarca.

2 La Sierra de Ricote: los Almece.

El Almece es la cumbre principal de la Sierra de Ricote. Esta Sierra se encuentra enclavada en pleno centro de la región de Murcia y posee una vasta extensión de arbolado, barrancos, laderas impenetrables y lugares vírgenes.

Desde Cieza se vislumbra muy bien la zona alta de la sierra: las antenas de la cumbre, el sector de la Bermeja y el flanco Este de la montaña, que se despeña bruscamente sobre Ricote y el Río, conformando la margen derecha de lo que se conoce como *Solvente* o *azud* de Ojós.

Fue hace ya más de diez años cuando me acerqué por vez primera a la sierra. Con un grupo de amigos, convencimos a mi hermano mayor para que nos acercara en coche al reborde oriental de la montaña, donde comienza la pista principal de acceso a las antenas. Íbamos con nuestras tiendas canadienses, comida para tres o cuatro días y algo de agua. Era por Navidad y recuerdo que hacía bastante frío. Ese mismo día, cargados como mulos nos dimos todo el alpargatazo de la pista hasta las antenas, gozando como niños de un lugar desconocido, virgen, inmenso y, a la vez, cercano, próximo... En la cumbre, disfrutamos de la panorámica que nos ofrecía aquél día de invierno: nubes altas que cubrían al sol, visibilidad perfecta, ausencia de

viento... En aquella época la cima todavía guardaba parte de su encanto: sólo encontramos una antena de televisión y una caseta que Telefónica estaba construyendo. Ahora, todos los ángulos de visión están bloqueados por el hormigón y las vallas metálicas. No tiene mucho sentido subir a esta cumbre a la que llega una carretera de asfalto y es mucho más recomendable hacer cualquiera de las agujas de la parte Oeste.

Decidimos acercarnos a los farallones rocosos que se encuentran a Poniente de la cima. Se trata de unas paredes enormes que se desprenden por la cara sur de la montaña y que le confieren un aspecto fiero y brusco a la sierra². Almorzamos entre encinas y rocas, con la tranquilidad que nos había proporcionado el esfuerzo y emprendimos el descenso a la búsqueda de un lugar donde acampar y colocar las tiendas. Curioseando aquí y allá llegamos a la garita de la Bermeja y, en la explanada donde los guardas suelen dejar los coches, clavamos las canadienses y buscamos leña para la noche.

Recuerdo que hizo un frío intensísimo, que nos arrebujábamos junto al fuego y calentábamos el pan duro en las rocas que guarnecían la base de las llamas. De vez en cuando, nos asomábamos al precipicio de la cara Oeste y avistábamos las luces en la lejanía de los pueblos del Noroeste: Bullas, Caravaca y Calasparra. Sin embargo, sólo aguantábamos allí unos minutos, pues pronto se nos helaban los vaqueros y debíamos volver al abrigo de la lumbre. La noche fue corta y dura. Con unos sacos de fibra barata³ el frío nos acorraló y no nos permitió casi pegar ojo. Por la mañana, ya al amanecer estábamos levantándonos para así entrar en calor y avivar el fuego que aún humeaba. En las tiendas, una gruesa capa de escarcha comenzaba ahora a gotear al sol de la mañana.

Tras el desayuno, desmontamos el campamento y tiramos sierra abajo. Afortunadamente encontramos una senda deliciosa que descendía hacia La Bermeja serpenteando entre jaras y pinos. Por la tarde ya estábamos en el Altiplano del Cagitán, desde donde contemplamos la sierra. La excursión acabó al día siguiente.

Las siguientes veces que visité la sierra fueron con la bicicleta. El *puerto de las antenas* tiene un *prestigio* excepcional para los ciclistas de Cieza y de todo el valle de Ricote. Con una bicicleta de montaña de primera generación fui acumulando subida tras subida a *las antenas*. La mayoría de las veces había que echar pie a tierra en el último tramo de dos kilómetros pues la pendiente se hacía insoportable y además el firme de la carretera estaba

²Son los enormes *colmillos* que se aprecian desde los llanos del Ardal

³Recuerdo que les llamábamos sacos de *hoja de morera*.

levantado y muy irregular.

Sin embargo, mi primera expedición de cierta envergadura a la Sierra de Ricote tendría lugar algunos años más tarde, en compañía de mi hermano pequeño y algunos amigos. Teníamos pensado salir desde Cieza caminando y llegar hasta las antenas campo a través. Salimos un sábado de Marzo por la mañana y ascendimos al collado del Portazgo, en la Sierra del Oro. Desde allí se extendía a nuestros pies toda la depresión de la rambla de Benito, la cresta de la umbría del Cuchillo y, enfrente nuestro, inmensa y cercana, la fachada norte de la Sierra de Ricote.

Fue entonces realmente cuando apreciamos con toda claridad el marrón que nos íbamos a tragar. Nos habíamos *chupado* 800 metros de desnivel desde el pueblo - nos encontrábamos a 900 metros de altura - y ahora teníamos que descender hasta los 300 metros para luego volver a subir hasta los 1100. Recostados entre las rocas mientras comíamos algo nos animábamos y nos conjuramos para llegar hasta nuestro objetivo.

En los mapas antiguos⁴ aparece una senda que desciende del Portazgo hacia el campo de Ricote. Esperanzados, encontramos una traza que aparentaba ser la buena aunque pronto se difuminó entre las rocas, el esparto y los pinos carrascos de repoblación. Así que, un *to tieso* para abajo, agarrándonos a los espartos y tendiendo hacia una barranquera que, aunque se presentaba más empinada, al menos estaba limpia de piedras pequeñas y vegetación.

Cuando terminamos el descenso de la Sierra del Oro la tarde ya estaba avanzada y sabíamos que íbamos a tener que hacer noche en algún lugar. Buscamos agua en una casa de campo y atravesamos la rambla de Benito por una carretera asfaltada hasta llegar a un punto intermedio entre el llano de Vite y las casas de la Cuesta Alta. Por casualidad, por instinto o por algún motivo extraordinario, atravesamos la carretera del campo de Ricote y entramos en dirección Sur por un carril que, al menos, nos llevaba en la dirección correcta.

No sólo eso, el carril desembocaba en una casa forestal abandonada y de allí partía un sendero de *los de antes*: era una senda de herradura que serpenteaba por entre las lomas del sector Norte de la sierra, una senda que estaba hecha a conciencia tal y como se apreciaba en las grandísimas paredes de piedra vista y argamasa que la sostenían sobre la pendiente de las laderas. Sintiéndonos descubridores, experimentando el cosquilleo de lo nuevo e impredecible, metiéndose ya el sol más allá del campo de Cagitán, nos adentramos en la sierra por uno de sus caminos más encantadores: la

⁴En las primeras ediciones de la hoja de Cieza del IGN.

senda de los Madereros⁵.

El recorrido de la senda nos hizo adentrarnos en una vaguada profundísima que sólo tenía vistas hacia el Norte. En un lugar sorprendente, repleto de pinos maduros, jaras de metro y medio y enebros de casi dos, vimos como se nos metía la noche, como el sol se reflejaba en la cara sur de la Sierra del Oro, ahora enfrente mismo de nosotros. En un minúsculo rellano sacamos la lona de plástico y montamos el *tanganillo* para vivaquear.

La noche fue buena y descansamos sobradamente. Al día siguiente, ocultos casi en el vientre de la montaña, se nos hizo media mañana sin enterarnos pues el sol no nos alcanzaba. De modo que recogimos rápido y salimos disparados hacia arriba. La senda nos lo puso facilísimo: tenía poca pendiente y las vistas eran un continuo gozo. Así llegamos al collado de los Madereros, desde donde vislumbramos por vez primera desde la tarde anterior la cumbre que nos esperaba. El Almeces aparecía a contraluz, guarnecido por paredones verticales en su cara norte. Con el paso de los años he advertido que éste es el lugar más encantador de esta sierra⁶.

He estado otras muchas veces en la sierra haciendo excursiones de un día, con la bici, caminando sólo o con amigos... Aún así, sentía que todavía tenía que plantearme algo más intenso con este trozo de mundo al que tanto quiero. De esta forma, hace un par de años estudié la posibilidad de hacer la divisoria principal, el espinazo de la montaña, la cuerda que reparte aguas y delimita las vertientes. En Enero del 98, con ocho horas de luz y aprovechando los días despejados que estaban haciendo salí de Cieza una mañana de diario. Seguí el curso del Segura por la margen derecha: puente de Alambre, *chinica* del Argaz, las *ventanas* de Cieza, el Menjú y finalmente el Santuario de la Virgen del Oro. Por una senda que ahora han marcado como PR atravese la rambla de Benito y me fui acercando al extremo oriental de la sierra, a la casa forestal de la Calera. Una vez allí, por la divisoria que viene desde el cabezo de la Umbría y que continúa hacia Poniente, me puse a trabajar: avanzaba penosamente porque el terreno es malo de andar, con rocas y coscojas. Además llevaba el macuto repleto de agua, comida y ropa para pasar una buena noche⁷. Iba pasando el tiempo y avanzaba poco a poco. Decidí *tirar* algo a la derecha y cruzar el barranco que me estaba acompañando por ese costado. Así llegué a la pista que asciende desde el barranco del Pozo y hollé la cumbre una hora antes de que el sol se pusiera.

⁵El origen de la senda intuyo que se remonta a comienzos del siglo XX, cuando Codornú efectúa una serie de repoblaciones en las sierras de Murcia.

⁶Sin embargo, la desgracia se abatió el pasado verano en esta zona y algún imbécil le metió fuego a la sierra donde más bonita estaba.

⁷Me encanta sentirme como en casa cuando me puedo permitir el lujo de llevar peso.

La cumbre es un mal sitio para dormir por los ruidos de la electricidad y la presencia siempre desagradable de las antenas y el cemento. Continué diez minutos hacia los farallones que he descrito anteriormente y busqué un lugar cómodo para vivaquear. Junto a un pino y rodeado de rocas preparé un lecho de jumas donde estimaba que iba a pernoctar bastante cómodo. El sol se ocultaba mansamente tras un velo opaco de bruma que delataba el calorcillo que había hecho durante el día. Subido en las agujas aprecié como la luz se retiraba de todo el llano de Molina y como las tonalidades cálidas iban transformándose imperceptiblemente en otros colores más fríos.

Bien abrigado, me hice una sopa y esperé a que asomaran las primeras estrellas. Un planeta se había adelantado a la aparición de Sirio y pronto distinguiría a Rigel y a Betelgeuse. Así me entró sueño y algo de frío y decidí empapelarme: a las siete de la tarde ya estaba enfundado hasta la nariz y con los ojos cerrados. La noche discurrió sin incidentes y me desperté con las primeras luces del alba. Presentía un día magnífico pues el cielo estaba completamente despejado y la humedad se había desplomado a los valles, creando un fino y delicado velo sobre las huertas. No es extraño que me sintiera el rey del mundo cuando desayuné un café con galletas sobre las rocas, mientras el sol aparecía por el horizonte y sus rayos todavía no tocaban los llanos azulados mientras a mí ya me acariciaba.

En fin, había que ponerse a caminar de nuevo porque aún quedaba mucho por hacer. La cresta de la sierra era ahora difícil de andar. Además de sortear la espesa vegetación de encinas y coscojas, en ocasiones había que descender algunos metros ladera abajo para sortear roquedos complicados. En un instante, enredado entre la coscoja y frente a mí, apareció un jabalí que tranquilamente se dio la vuelta al verme y desapareció monte abajo. Jamás había tenido uno tan cerca e intenté volver a verlo pero la espesura lo impedía.

La cresta iba perdiendo altura hasta la pista principal de la sierra. Por comodidad, anduve dos o tres kilómetros por la carretera hasta el puerto del Caballo. Allí, consultando el mapa del IGN E 1:25000 se advertía una pequeña senda que acompañaba al barranco del Veto en su descenso hasta los llanos del Ardal. Una mirada allí, otra aquí, y la senda que se adivina por entre los romeros. Vamos para abajo.

De esta forma, llegué a una zona agrícola con campos de secano que pertenece al término municipal de Mula y que se llama, como he adelantado ya, *el Ardal*. En ella encontré pinos hermosísimos con más de 100 años en sus retorcidos troncos, además de casas antiguas que delataban un esplendor pasado. De entre todas, he de nombrar *la casa de Zapata*, con un mirador espléndido sobre una de las amplias y extensas vaguadas que drenan a *Fuente*

Caputa.

Casi ya al mediodía, había terminado la sierra pero mi objetivo quedaba un poco más lejos. Quería terminar en Bullas y por ello fijé rumbo hacia la Muela de Codoñas, un modesto cerro que se levanta en el reborde del Cagitán. Llaneanando por los campos de cereal, metiéndome hasta los tobillos por entre los terruños y las vides, finalicé la travesía al caer la noche.

3 El Almorchón.

Ascendiendo al Almorchón, en ese estrecho hombro, antesala de la cumbre, donde es preciso progresar asegurado; en ese lugar “mellado”, hueco finísimo de roca y brecha inclemente de los vientos. Agazapado, meditabundo, algo triste por no alcanzar la cumbre junto a mis compañeros. De repente, el sonido débil y sugerente del cuerpo que atraviesa el vacío de los cielos: la imprevisible danza de dos buitres leonados que surcan estos océanos de viento y sombra, mares repletos de arrecifes afilados de roca y corales arbóreos. Y así, en unos segundos, se alejan tanto que sus enormes cuerpos ahora sólo son dos pequeños puntos en la lejanía. En la visual, al fondo, se destacan las sierras del Noroeste, probable hogar de estos señores del nublo y las desesperanzas. Por hoy, ya han volado bastante.

Así se me quedó el cuerpo en mi primer y único intento a la cima del Almorchón⁸. Es la única de las montañas que comento aquí en la que es necesario exponerse a una caída mortal para alcanzar la cumbre. Aquél día, no me sentí lo suficientemente fino como para *emparetar*me con garantías y desistí en el intento cuando realmente mis amigos me lo habían puesto muy fácil. Sin embargo, siempre hay tiempo para volver y en montaña es más importante bajar bien que hacer la cumbre.

El Almorchón es la montaña más bella del término municipal de Cieza por varias razones: su verticalidad, lo espectacular de su cara sur y lo inaccesible de su cumbre. Se trata de una mole caliza situada entre Calasparra y Cieza con una altura máxima de 768 metros⁹. La cara sur está formada

⁸Almorchón es, evidentemente, nombre árabe. La voz *almorchón* parece ser un aumentativo de *almarcha*, que significa *pueblo asentado en vega o tierra baja*, quizás haciendo referencia a la vega del Segura.

⁹El Almorchón es, en sí mismo, una singularidad geológica por la potencia de sus pliegues. Ha sido estudiado por varios científicos y ha aparecido en diversos artículos de investigación.

por paredes prácticamente verticales de roca gris muy apreciada por los escaladores. La cara norte es más tendida, con dos vaguadas principales por las que acceder a las zonas más altas de la montaña y una cubierta vegetal generosa de pino carrasco y abundante sotobosque.

Los primeros recuerdos que tengo de esta montaña me vienen desde muy niño, cuando mi padre nos llevaba en coche a visitar el embalse de Alfonso XIII. Solíamos acercarnos a estos parajes en las tardes soleadas de Domingo toda la familia apretujados en el utilitario: la zona de la presa, el despeñadero de la Palera, el Salto de Almadenes... y al fondo de todos estos escenarios, siempre se recortaba la silueta inconfundible del Almorchón.

El perfil de esta montaña es, a mi juicio, el más atractivo de cuantos podemos encontrar en la geografía murciana. El más característico es el que se puede apreciar desde el N o el S: se trata de tres cumbres casi idénticas en forma y altura separadas por dos pequeños collados. Si miramos desde el Sur, la cumbre que se encuentra a la izquierda - esto es, a Poniente - es la altura máxima de la montaña. Cuando muchos hablamos de que hemos hollado la cima del Almorchón, en realidad nos estamos refiriendo a una de sus antecimas o cumbres secundarias. Aún así, la panorámica desde cualquiera de estas cumbres es excelente: el embalse de Alfonso XIII y la Palera al W, la Palera; el cañón o desfiladero de los Almadenes al Norte; al E podemos descubrir la Sierra de Ascoy, Cieza, la Atalaya y las grandes montañas del Altiplano; finalmente, al Sur, se levanta poderosa la Sierra del Oro y su glacis agrietándose hacia la rambla del Cárcavo. Más allá, y tras las llanuras del Cagitán, se levanta el navío de Sierra Espuña navegando hacia el Este con el cejo de la Ventanica como popa recortada.

La ascensión a cualquiera de las antecimas por cualquiera de los evidentes recorridos es ya en sí una gran aventura. Sorprende la verticalidad del terreno, la diversidad de la vegetación de la cara Norte y la longevidad de algunos ejemplares de pino carrasco que se han mantenido ajenos a los avatares de sus hermanos más accesibles. Enseguida aparece el sudor y éste se mezcla con la tierra; son frecuentes los gateos, las trepadas cortas y sin peligro, los quiebras a las ramas desnudas de algún baladre que nuestro antecesor ha tensado. Si es invierno, no hay rayo de sol que nos alcance y la escarcha se mantiene hasta bien entrado el mediodía... En fin es toda una subida muy recomendable y asequible; el alcanzar la cima, tal y como ya he apuntado al principio, es otra historia¹⁰

¹⁰El material necesario para abordar con garantías la ascensión a la cumbre principal es, realmente, mínimo. Con una cuerda y un fisurero se puede superar el tramo más expuesto de la arista final. No obstante, he conocido gente que ha subido sin nada - eso me han dicho - y lo que no me puedo imaginar es cómo han destrepado los siete u ocho metros

4 El Calar de la Sima

El término calar es muy común en las serranías béticas y, normalmente, hace referencia a extensas moles calizas que actúan como verdaderas esponjas cuando les llueve o nieva. La naturaleza carbonatada de las rocas propicia la disolución de sus partes más blandas y la existencia de una intrincada red de cuevas, simas y abrigos. Las rocas presentan un aspecto agrietado - como si de un queso *gruyère* se tratara - e innumerables intersticios y poros por los que se desliza y *cala* el agua¹¹.

El Calar de la Sima es una formidable sierra situada a caballo entre las provincias de Albacete y Jaén. Su relieve se extiende de Norte a Sur a lo largo de más de cinco kilómetros en los que mantiene una altura constante y superior a los 1.800 metros, lo que le confiere un rango especial y superior sobre sus vecinas que apenas alcanzan los 1700. El rasgo más característico de la sierra es una muela enorme situada en el centro geográfico de la divisoria conocida como la *Peña Palomera* mientras que la máxima elevación es el *Cerrico de las Mentiras* que ronda los 1.900 metros y que apenas se distingue en la enormidad de la cuerda, que los lugareños llaman *de las Víboras*.

El *Mentiras* es la segunda altura provincial de Albacete aunque su ascensión, el desnivel y lo espectacular del entorno la elevan a lo más alto de la lista, por encima de *las Cabras*, techo provincial situado en la cuña que hace Albacete entre Murcia, Granada y Jaén. Mi primera ascensión a esta cumbre tuvo lugar en el incomparable marco de una travesía de media distancia, junto a Federico. En Septiembre de 1997 nos planteamos llevar a cabo la bien conocida Nerpio-Alcaraz, periplo montañoso de unos seis días de duración propuesto por el Centro Excursionista de Albacete y que une las localidades de Nerpio y Alcaraz atravesando de Sur a Norte las Sierras de Mingarnao, Góntar, el lecho del Segura, el Calar de la Sima, el hueco del Tus, el Calar del Mundo, el valle del Mundo, la Sierra del Agua y la cuerda de las Almenaras¹².

Después de tres días de marcha llegamos al atardecer a la aldea de Arguellite, en la cara Este del Calar. Es un núcleo de población bastante disperso rodeado de cortijadas que se reparten a lo largo del *Arroyo del Asperón*. Hicimos noche bajo una encina centenaria apartada del pueblo;

que comprometen la subida sin montar un rápel.

¹¹Con esta descripción, cualquier montaña caliza respondería al nombre de calar. No obstante, los lugareños han reservado este término especialmente para las grandes elevaciones que están culminadas por una meseta más o menos extensa.

¹²Este es uno de los posibles recorridos; es obvio que pueden proponerse otros muy diferentes.

recuerdo bastante bien el reflejo de la luz del atardecer en la roca anaranjada del Puntal de Rodas mientras preparábamos la cena. Aunque nos metimos pronto en los sacos, al día siguiente remoloneamos descaradamente, con lo que se nos hicieron casi las diez para echarnos al monte. Remontamos el arroyo del Asperón hasta la cortijada de los Prados donde conversamos con una persona mayor sobre la subida al Mentiras. El hombre no nos auguró un buen día por la hora que se nos había hecho y porque había mucho trecho para arriba. Con la incertidumbre en el cuerpo seguimos hacia arriba hasta los Prados Altos y alcanzamos un collado espectacular que gana vistas al valle del río Tus y a la fachada sur del Calar del Mundo. Ante nosotros se extendía todo el Hueco del Tus con sus aldeas: Collado Tornero, la Moheda, los Giles... y a escasos metros, la Peña de la Cabeza desafiando a la gravedad sobre el despeñadero del arroyo del Collado Tornero.

Como íbamos a volver sobre nuestros pasos nos afanamos en esconder las mochilas detrás de una sabina rastrera. No muy convencidos y recelosos de que alguien nos la jugara nos fuimos introduciendo en la zona alta del calar. A la derecha el enhiesto Puntal del Avellano, cortado a tajo vivo por el Estrecho del Infierno. A la izquierda, el brillo de las lajas que se desparramaban desde lo más alto de la sierra. Recuerdo que esta parte de la subida nos pilló en plena hora de la siesta; sin agua ni comida, con un calor espantoso y una atmósfera limpia y ardiente. Conforme encarábamos las rampas últimas, ganábamos vistas hacia otras zonas de la sierra: el Navalperal y el Espino de Siles, el Yelmo de Segura; a nuestras espaldas la enormidad del Calar del Mundo, la muela del Padroncillo y más allá, al Norte y ocultándonos las llanuras manchegas, los navíos de la Sarga y la cuerda de las Almenaras.

Hicimos cumbre casi a las cinco de la tarde. Sentados en el vértice competíamos por la exigua sombra que éste nos ofrecía. Una cerca destartalada impedía al ganado despeñarse por el precipicio de la Este. Muy cerca, a un kilómetro más abajo en la vertical, serpenteaba el Segura encajonado entre sierras y acompañado de chopos, sauces y álamos. Estábamos ahí sentados cuando, tras un estornudo, una brusca hemorragia nasal me sorprendió. Largo rato pasó hasta que la cosa se tranquilizó; sin embargo, la ausencia de agua me hacía parecer un Cristo más que un excursionista que disfrutaba de la cima. Descendimos a recuperar las mochilas y bajamos al valle del Tus, donde lavé mis heridas antes de asustar a cualquiera de los lugareños que recogían el maíz y las manzanas de sus tierras.

Pasó algún tiempo hasta que me volví a decidir a acometer la subida del Mentiras; algo así como un año en el que, sin embargo, sí anduve por las cercanías conociendo la zona y valorando el maravilloso entorno de media

montaña sobre el que se asienta. Posiblemente, de las cinco montañas que estoy comentando, aquella que alberga en sus faldas una vida y una cultura típicamente serrana es ésta que nos ocupa. Es fácil adivinar el motivo ya que se encuentra enclavada en el núcleo mismo de la Sierra del Segura, rodeada de otras montañas enormes y valles que ven nacer a ríos con nombres como Segura, Tus o Mundo. Las aldeas que se reparten por los flancos del Calar mantienen un estilo de vida basado en la tierra y el ganado; el medio de transporte es la mula y las vías de comunicación sendas de herradura. Siempre que he visitado estos parajes me invade un sentimiento contradictorio: por un lado veo hermosa esta vida en la que los esfuerzos son todavía muy puros, muy apegados al barro y el agua; por otro, pienso las duras condiciones de vida en las que se desenvuelven estas gentes y la cantidad de oportunidades que les son negadas por una cultura y una sociedad que concentra toda su actividad en las grandes urbes. Finalmente, también comparo la situación de éste valle, el del Segura, con el cercano valle del Guadalquivir, donde se han desarrollado - no sin controversia - enormes posibilidades turísticas, sobre todo heredadas de la declaración de Cazorla como Reserva Nacional de Caza en los años del régimen franquista.

En la primavera de 1998 volví al Calar con algunos amigos para subir por los Prados. El tiempo en Murcia era relativamente bueno; era el típico día de cielo muy azul, viento fresco de Poniente y nubes blancas bien definidas que se agolpan en el horizonte. Conforme nos íbamos acercando en el coche comprobábamos que el tiempo no nos iba a acompañar. Las nubes cada vez se iban ennegreciendo más y más, y cuando echamos a andar el viento casi nos tiraba. En el collado de la Peña de la Cabeza lo vimos muy claro: no iba a poder ser. La ventisca, la nieve dura que nos golpeaba y la poca visibilidad nos lo dejaba bien claro y había que renunciar. Después de pasar el día por la zona, al volver a Cieza, lo que más nos impresionó fue el buen tiempo que hacía en Murcia. ¿Cómo podía cambiar tanto de aspecto el cielo y ponerse tan fiero en apenas 100 kilómetros de distancia?

El gusanillo que me dejó este intento fallido no tardó en desaparecer. Con Federico volví pronto por la zona, dejamos el coche en el Collado Tornero e iniciamos la subida por una senda de herradura antiquísima que nacía en las últimas casas de la aldea. Esta subida tuvo su origen en casa, bajo un flexo y con el 1:50.000 del Ejército de una edición de los setenta¹³. Se trata de uno de esos mapas en los que las curvas de nivel aparecen redondeadas¹⁴,

¹³La mayoría de mis excursiones nacen así: delante de un mapa imagino cuál es el recorrido más atractivo. Luego, lo difícil es hacerlo realidad en el monte.

¹⁴Al no disponer de suficiente información, se estima la altura en función de otros puntos próximos y las curvas de nivel son más el resultado de la interpolación entre

donde hay muy pocos nombres escritos, y el papel ya amarillea. Pues bien, mirando la hoja de Yeste, vimos que del Collado Tornero partía una senda de herradura que en los mapas modernos apenas se distingue. Estaba muy bien definida y seguía una progresión lógica hacia el flanco oeste del Calar, hacia la zona conocida como la Cañada del Avellano y los Voladores¹⁵. Con este proyecto en mente nos metimos por la senda que se encontraba en buen estado: zonas abancaladas con maíz, patatas y manzanos, monte de pinos rodenos, rosales silvestres, juncos y helechos, mogotes de roca caliza afilada que se despeñan hacia el Estrecho del Infierno; poco a poco vamos ganando altura hasta el Cortijo de la Pradomira. La vegetación arbórea comienza a diseminarse y aparecen ya las piedras desnudas que conforman el Puntal del Avellano, enhiesto contrafuerte del Calar que se despeña medio kilómetro sobre el Collado Tornero y el Río Tus. Recuerdo muy bien de este día la espléndida luminosidad de Mayo, las diez horas de camino casi de sol a sol y la claridad de un cielo azulado que resaltaba los tonos verdes y grisáceos de la roca, junto con los lilas y rojos de las flores de temporada.

El descenso fue también magnífico: en la bajada nos fuimos descolgando hacia la Sierra del Cuquillo hasta sobrepasar el límite entre Castilla y Andalucía. En el collado que separa esta sierra del Calar nos tomamos un respiro. Al Sur se vislumbraba el Arroyo de la Camarica, un hermoso valle salpicado de cortijos medio abandonados que se alimentan del arroyo que nace en las alturas del Calar. Al Norte, el arroyo de la Cañada del Avellano, vaguada que se desparrama hacia el río Tus y que enlaza con éste en pleno estrecho del Infierno. Seguimos esta dirección por entre helechos y gramíneas de más de medio metro procurando no meter el pie en uno de los muchos arroyuelos que se ramificaban bajo la hierba formando un entramado de agua, frescura y verdor. Con las últimas luces de la tarde llegamos al Collado Tornero, muy reventados y con los rostros enrojecidos de la solana. Aún así, sabíamos que veníamos del Paraíso.

5 La Sagra

¿Qué puede decir un montañero del Sur de la Sagra? Se trata, evidentemente, de una montaña singularísima y muy importante. Aunque en altura no puede rivalizar con Sierra Nevada, sí destaca por su aislamiento y la forma plástica con la que se yergue majestuosamente sobre el altiplano de Huéscar,

puntos próximos que el fiel reflejo de las fotografías y la propia realidad.

¹⁵Un lugar hermosísimo, por cierto, quizás de los más húmedos del sureste y que en primaveras húmedas debe ser un paraíso para los sentidos.

rodeada de otras sierras menores en altura - que no en importancia - como Sierra Seca y la Sierra de Castril.

Ya en el siglo XIX, Pascual Madoz afirmaba en su Diccionario que *no es conocida la elevación de La Sagra sobre el nivel del mar; pero excede en un tercio de su altura a las sierras más elevadas del contorno y parece igual a la del célebre Picacho de Veleda (sic) en Sierra Nevada*. En cuanto al nombre de la montaña, éste parece haber derivado de la voz *sajra*, que en árabe significa *roca, peña*.

La Sagra es, como afirma Carlos García Gallego en su libro *Excursiones por el Sur de España*, el punto usual en el que se dan cita *excursiones colectivas; novatos ataviados con bolsas de plástico en los pies, zapatillas de deporte y pantalones vaqueros; novias y novios engañados con las orejas coloradas, a los que no se vuelve a ver de por vida en la sierra; parientes o vecinos mal pertrechados con un mosaico de equipo prestado; avezados alpinistas provistos de piolets, crampones, bastones de esquí y equipamiento ártico; niños con ojos saltones reteniendo su primera nieve en la retina; y, finalmente, veteranos entrados en años que, invierno tras invierno, acuden a su reválida personal con la alta montaña*.

Efectivamente, la Sagra es todo esto y mucho más: es una de las montañas más bonitas que conozco por un motivo fundamental; me refiero a su manera de destacar sobre el resto de montañas y sierras que la circundan. La Sagra se advierte fácilmente desde el Este, donde en un amanecer despejado se ve con facilidad desde la Sierra de Ricote, la Sierra del Oro o el altiplano del Cagitán. La nieve se refleja con el sol de la mañana y su forma cónica emerge inconfundible entre Mojantes y el extremo sur del macizo de los Revolcadores. También es inconfundible desde el Sur, donde se levanta con inusitada fuerza sobre los campos de la Puebla y Buguéjar y aparece al Norte tras la Sierra de Orce cuando atravesamos el pasillo de Chirivel.

Hay que andar un poco más finos para percibirla desde el Oeste; por ejemplo, desde la Sierra de la Cabrilla, o desde cualquiera de las sierras que conforman Segura y Cazorla. La Sagra entonces sólo asoma en su tramo final; en ocasiones únicamente se distingue la cima principal y las secundarias asomando por encima de los relieves de Sierra Seca, la Guillimona o sobre el puerto de la Losa. La Sagra también se distingue con meridiana claridad desde cualquier cara Norte de Sierra Nevada, e incluso desde relieves mucho más alejados como las Almenaras, ya en la Sierra de Alcaraz.

Mucho antes de haberla visto por primera vez, yo ya había oído hablar de la Sagra. Algunos amigos y mayores contaban historias de una grandísima montaña más allá de la Puebla cuya subida era esquiva y complicada, y donde se podían experimentar las sensaciones de la alta montaña, ésa que

aparecía muy bien reflejada en los programas de Sebastián Álvaro o en las charlas de montañeros que habían subido alguna de las grandes cumbres de la Tierra.

Estando ya en el último año de carrera, coincidí con Bernardo y Federico, dos compañeros de estudios que también disfrutaban saliendo al monte. Bernardo es de Caravaca y conoce bien el Noroeste y la zona de la Sagra. No sé cómo ni porqué pero Federico nos embarcó en una aventura que hoy recuerdo con muchísimo cariño. El puente del Pilar del año 95 preparamos las bicicletas para un viaje largo con mochilas. Yo pude hacerme un transportín casero con los hierros de una bici antigua que tenía en el campo pero Federico, haciendo gala de su fortaleza extrema, cargó con la mochila a cuestas y una mañana de viernes salimos de Cieza por la carretera de Calasparra. Tengo una imagen grabada: Federico subiendo las cuestas con máximo desarrollo¹⁶; la cadena y el mecanismo del cambio crujiendo mientras la bici se movía de izquierda a derecha y el codo roto de Federico¹⁷ que se asoma tras la mochila del ejército de su hermano.

Llegamos a Caravaca esa misma mañana y comimos en casa de Bernardo. Recuerdo que su madre y sus hermanos nos miraban mientras pensaban: *están como regaderas*. Muy pronto reemprendimos la marcha; no eran las cuatro de la tarde cuando ya subíamos la cuesta del cementerio camino de Barranda. Siendo ya Otoño, temíamos que se nos hiciera de noche en el camino por lo que apenas paramos a descansar. El tiempo estaba algo revuelto y soplabla fresco de Poniente; fuimos dejando atrás el cruce de Nerpio, el puerto de Mojantes y atisbamos al horizonte la silueta de una montaña cónica, casi perfecta, como la que un niño dibujaría sin pensarlo. *Esa es la Sagra*, comentó Federico pues ya la conocía. Allí estaba; muy lejana y difuminada por entre la bruma y las nubes. Atravesamos los llanos del Moralejo y subimos al Moral, donde nos tomamos un respiro al abrigo de las casas blancas. El sol ya se estaba metiendo y nos temíamos lo peor: igual nos tocaba dormir en cualquier sitio, tirados al lado de la carretera. La parte final de la ruta se nos hizo interminable: atravesamos el antiguo puente de Almaciles y subimos los últimos repechos acompañados ya de pinos blancos y un paisaje extraño y nuevo.

El cansancio comenzaba a hacer mella. Federico tenía reventados los hombros y a mí me molestaban un poco las rodillas del peso de la tienda y la mochila. Sólo Bernardo iba algo más fresco pues él se había ahorrado los primeros 55 kilómetros. Cuando vimos la Puebla al fondo, bajo el Pico del

¹⁶Plato de 48 y piñón de 14.

¹⁷Se cayó cuando era un niño y el hueso no le soldó bien.

Lobo, las luces del pueblo ya estaban encendidas y el sol hacía tiempo que se había ocultado. En la última recta que desciende hacia el pueblo pusimos la directa: el frío de la noche se nos colaba por las ropas empapadas y recuerdo un intenso cansancio y dolor en todo el cuerpo. En lugar de entrar al casco urbano, decidimos montar la tienda en las afueras. Giramos hacia el Puerto del Pinar y un par de kilómetros adelante, junto a una pareja solitaria de chopos y un murete de piedra semiderruido, plantamos la canadiense que me había lastrado en todas las cuestas.

Antes de acostarnos todavía tuvimos fuerzas para acercarnos a la Puebla que se encontraba en fiestas. En una caseta de la feria nos ventilamos un pollo con patatas fritas comentando con orgullo la hazaña que habíamos conseguido. Muy pronto retornamos a la tienda para dormir y reponer algo de fuerzas.

El siguiente día amaneció con un tiempo más feo que el anterior. El cielo estaba encapotado con nubes medias que, aunque no presagiaban lluvia, sí suponían un hándicap más para lo que pretendíamos: hacer cumbre. Recogimos los bártulos y tiramos en dirección a los Collados. Notábamos en demasía el cansancio del día anterior: yo le había pasado el marrón de la tienda a Bernardo que iba mucho más fresco que nosotros. La subida a los Collados se hizo durísima: las revueltas que hay en la carretera después de cruzar el arroyo de San José de la Montaña, el frío y la humedad de la mañana, las nubes que nos ocultaban la Sagra; todos estos factores se conjugaron para ponernos a prueba.

No sé muy bien cómo pero al final llegamos a los Collados: una extensa explanada con un cortijo en el cual leímos *Prohibido acampar*, unas nogueras solitarias y terrenos de labor para patatas o cereales¹⁸. La Sagra se nos mostraba esquiva y antipática, con un velo denso y uniforme de nubes a partir de los 1700 metros, justo cuando los pinos blancos empiezan a dejar el protagonismo a la roca.

Escondimos las bicis en un pequeño cobertizo que hay en el centro del erial y cerramos la puerta confiados en que nada sucedería. ¿Quién se iba a pasar por allí un día tan malo? Echamos a andar monte arriba por un camino carretero que nos iba acercando hacia el centro de la cara Norte. Federico nos explicaba el camino: el embudo, las rocas, *la pedriza o pedrera*... Llegados a unos tornajos¹⁹ el camino se convirtió en senda y se puso mucho

¹⁸A día de hoy, esta zona ha experimentado cambios importantísimos: la proliferación de casas rurales y la aparición de un hotel de montaña han supuesto que la Sagra se abra a todos los públicos.

¹⁹Son unos troncos de pino dispuestos horizontalmente en los cuales se almacena el agua que surge de algún manantial cercano y donde puede beber el ganado.

más empujado. Yo estaba medio muerto y las piernas apenas me respondían del esfuerzo acumulado. En ese punto de la ascensión, visto lo visto y ante la inminente entrada en el reino de las nubes donde nada era apreciable por la vista, decidí quedarme clavado. Así se lo dije a mis compañeros que siguieron un rato para arriba. Me tiré junto a los tornajos donde el sonido de un hilillo de agua me relajó hasta tal punto que me quedé dormido. Al rato volvieron Federico y Bernardo que también habían *reculado* un poco antes del comienzo del embudo. En esas condiciones, mejor no subir.

De modo que volvimos para abajo, recogimos las bicis y descendimos pausadamente hacia la Puebla. En uno de los cortijos que hay al borde de la carretera, en concreto, uno con varias encinas centenarias y una hermosa fuente que se embalsa, decidimos parar a comer. Sentados al borde de la balsa dimos buena cuenta de los *zuros* de pan a la vez que conversábamos sobre nuestro último año de carrera. Montamos la tienda en el reborde de la piscina bajo una gran noguera y nos quedamos haciendo el perro y disfrutando de no hacer nada. Luego vinieron unos amigos del dueño del cortijo a pasar la noche y nos invitaron a cenar y a jugar a las cartas. Estuvo muy bien y nos contaron muchas historias de la Sagra.

Al día siguiente emprendimos el regreso hacia Cieza. El viaje de vuelta recuerdo que pasó muy rápido y que no fue tan duro como el de ida. Notamos mucho que pasamos de los 1400 metros de los Collados a los 180 de Cieza, además de contar con un sol amigable desde el amanecer. Aún recuerdo cuando desmontábamos la tienda muy de mañana y los primeros rayos del alba lamían el flanco Este de la Sagra; un intenso sentimiento de pundonor nos invadió entonces e incluso nos planteamos el subir a la cumbre y regresar a casa en la misma jornada. A día de hoy, sé con certeza que hubiera sido una locura máxima.

En los llanos del Moralejo, en las rectas de Casablanca, íbamos haciendo relevos con nuestras bicicletas de montaña. Velocidad: más de 50 por hora. Iba tirando Bernardo; a continuación yo le seguía y Federico cerraba el grupo. De repente, Bernardo hace un quiebro y a mí apenas me da tiempo a sortear una piedra del tamaño de un puño que había en el arcén. Federico no tiene tanta suerte y se la come entera. Resultado: Federico sale volando por encima de la bicicleta y cae en el margen de la carretera.

Bernardo y yo nos pusimos blancos como el mármol. Federico cayó rodando bastantes metros; no sé si la mochila le ayudó a amortiguar el golpe o si, por el contrario, le perjudicó todavía más. El caso es que enseguida se reincorporó para alivio nuestro y nos mostró los *sollejones* de los brazos y un golpe en la frente. En las piernas no se había hecho daño porque siempre lleva un pantalón largo; cualquier otro ser humano que se de un tortazo

como el que se dio Federico resulta muerto. Pero Federico es sobrehumano para esas cosas y salió indemne.

Llegados a Caravaca comimos de nuevo en casa de Bernardo y antes de las cuatro ya estábamos por las canteras de la Puerta, deseando llegar a casa y olvidar la bici por un buen tiempo. Federico y yo nos mirábamos y pensábamos: *ahora sí vamos torrados*. La famosa y ciezana *cuesta de Santa la Ros* nos costó sangre subirla. ¿Y para qué decir de la cuesta del Molino? Finalmente, llegamos sanos y salvos pero muy, muy destrozados.

Pasaron menos de dos meses cuando nos encaminamos otra vez hacia la Sagra, esta vez en el Ford viejo de Federico que nos llevó cómodamente hasta los Collados. De nuevo, el día estaba feísimo y, aunque no llovía, las nubes bajas rodeaban la montaña a partir de los 1900 metros. Sin embargo, estaba presente el mejor ingrediente que la Sagra puede ofrecer a un montañero del Sur: una capa de diez dedos de nieve polvo recién caída que nos sedujo enormemente.

Habiendo escuchado muchas historias sobre el embudo, la formación de nieve dura, hielo, y las múltiples caídas protagonizadas por imprudentes y novatos, decidimos acometer la subida por el canchal que desciende desde la cima secundaria más oriental²⁰. Nos metimos de lleno en la nieve, las nubes densas, los pinos blancos atormentados por el viento y las rocas descompuestas, afiladas por cantos de hielo y estalactitas finísimas. La subida resultó penosa, cansada y monótona. Sólo la ansiedad de hollar por fin la cumbre nos mantuvo firmes. Tras el canchal llegamos a unas gradas de roca que, en primera instancia, nos parecieron inabordables²¹. Sin embargo, conforme nos acercábamos comprendimos que había un paso evidente entre las moles de roca, apreciación confirmada cuando vimos como descendían algunas huellas profundas y bien marcadas.

De repente, comenzó a nevar copiosamente y esta circunstancia se unió a la alegría de tener tan cerca la cumbre. Aún así, he de reconocer que apenas se veía más allá de diez metros y era Federico el que nos animaba afirmando que estábamos muy cerca. En este punto de la ascensión, Bernardo hizo un par de montones de piedra en lugares estratégicos para que a la vuelta no pudiéramos despistarnos. Atravesamos un pequeño collado que separaba la cima secundaria de lo que parecía ser la cima; apretamos el paso y, tras la anticima, llegamos al pilón rectangular que determina el punto más alto de la Sagra²².

²⁰ A día de hoy, reconozco nuestra ignorancia ya que la nieve estaba recién caída y en el embudo nos hubiéramos hundido hasta las rodillas de igual forma.

²¹ Esta impresión no ha cambiado con los años y las múltiples subidas.

²² Junto a este pilón, hay un pequeño vivac formado por cuatro paredes de roca de un

No tuvimos mucho tiempo de disfrutar el triunfo porque estábamos caídos hasta los huesos y hacía un frío de mil demonios. De pie, apoyados en el pilón y clavándonos los *chuzos* de hielo que delataban la dirección de la última ventisca, dimos buena cuenta de los bocadillos y galletas. Pronto tiramos para abajo llevando cuidado de no perder nuestras propias huellas. Atravesamos las gradas ayudados por las pistas que habíamos ido dejando y luego descendimos por el canchal dando botes y esquiando entre las piedras. Las horas invertidas en ascender se convirtieron en minutos de disfrute para descender: ¿cómo podía haber tanta diferencia entre una cosa y la otra? Pronto llegamos a la altura del bosque y nos adentramos entre las jumas, los espinos y los rosales silvestres. Una vez en el coche y justo antes de irnos, la Sagra se había tapado por completo y seguía nevando. En mi segunda visita, todavía no había podido contemplar la panorámica desde la cima.

Con los años se han ido sucediendo muchas más visitas a la Sagra; es una de mis cimas más repetidas por la cercanía a casa y porque sacia la sed de alta montaña en la que es posible disfrutar de un ambiente inusual en el Sur cálido a una hora y media del hogar. De esta forma, casi puedo afirmar que conozco la gran mayoría de perfiles y rincones de esta bella montaña, aunque es cierto que nunca deja de sorprenderme cuando la visito. Tengo un especial recuerdo de un vivac que llevamos a cabo en verano y en el cual dormimos en la cumbre. Éramos una patrulla enorme y disfrutamos muchísimo la puesta de sol y la noche infinita que desde allí contemplamos.

En los últimos tiempos, le he cogido el gusto a hacer la Sagra en condiciones invernales. Para ello es necesario escoger muy bien el día ya que éste debe ser especialmente frío²³. Además, es preciso entrar en la montaña casi de madrugada para que la nieve presente buenas condiciones. Las dos últimas veces que la he ascendido han sido en esta modalidad: resulta una bonita experiencia encaramarse en la arista somital a las 9 de la mañana para disfrutar la cumbre en solitario. Luego, cuando el día está un poco más avanzado y la gente empieza la subida, me los cruzo en la antecima principal y en las gradas de la cima Este. Hablamos un rato de lo jodido que ha sido el embudo y de lo dura que está la pendiente y todos seguimos nuestro camino. Desciendo por el canchal dando saltos de varios metros y sudando a mares; respiro profundamente sintiendo la omnipresente brisa de las alturas; disfruto de la plenitud y la fuerza de un momento irrepetible y único. Allá a lo lejos, en el horizonte último, todas las grandes montañas de

metro de altura. En los últimos tiempos también ha aparecido un cajón de madera lleno de libretas donde cualquiera puede dejar su impresión al haber coronado la cima.

²³Van perfectos los días de invierno en los que entra temporal por Galicia y aquí en Murcia sólo sentimos los últimos embates del frío viento.

la Bética comienzan a desaparecer conforme descendo. Las miro y pienso que pronto volveré a ellas.

.....

Al alejarme de los amados montes que parecían huir lejos de mí, miraba a veces hacia atrás para contemplar sus curvas empequeñecidas; quedaba atrás la montaña mientras yo regresaba al tumulto de los humanos. Pero al menos he podido conservar en la memoria la suave impresión de lo pasado. Veo surgir nuevamente ante mis ojos el amado perfil de las altivas cimas; vuelvo a entrar con el pensamiento en las umbrosas cañadas y, durante unos instantes, puedo disfrutar apaciblemente de la intimidad con la roca, el insecto y el tallo de hierba.

Élisée Réclus, *La montagne*.